

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 8'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en billetes de Banco cobrados.—Correspondencia: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Amdor.



III ANIVERSARIO

El Señor

Don Ricardo de Aguirre y Fernández

Falleció el día 16 de Marzo de 1908

R. I. P.

La veía y alumbrado á Jesús Sacramentado, con misas en la iglesia parroquial de Sagrado Corazón de Jesús, en el día 16 del mes actual, desde las ocho de la mañana á las doce del medio día, y los ejercicios de la tarde, se aplicarán por el eterno descanso de su alma.

Su viuda, hija, padres, hermanos y demás parientes, ruegan á sus amigos y personas piadosas, se sirvan encomendarle á Dios y asistir á estos religiosos actos.

¡LUZ! HAGAMOS HISTORIA

Toca hoy ocuparnos de la entrevista con el señor alcalde de que nos da cuenta "La Tierra", y acerca de la cual nos vemos obligados á hacer determinadas rectificaciones, por entender que nuestros informes son rigurosamente exactos.

Es cierto lo de la conferencia á que se refiere el señor Carrión con el Director de la Fábrica, como lo es que este señor, al conocer la disminución de crédito que se pretendía para el servicio de que se trata, le expuso la seguridad de que tal disminución exigiría la de alumbrado en Cartagena y barrios, en número importante al existente, haciendo imposible la ampliación que se pretendía para los de La Caridad y Los Dolores; en esta última grandemente interesado el señor Alcaraz, presente en la entrevista con varios de los señores componentes de la Comisión.

Ésta, y el señor Alcalde, debieron considerar fundamentadas las razones expuestas, toda vez que el Sr. Carrión, manifestó su deseo, que debe recordarse, de consignar una mayor suma para este servicio, sin duda para evitar lo expuesto por el director de la Fábrica y

procurar esa deseada ampliación, de todo punto imposible, por la causa manifestada. Por razones ó dificultades que nosotros ignoramos, la cantidad con que se ha dotado esta atención municipal, resulta tan desproporcionada con relación á su exigencia, que se han impuesto soluciones tan radicales y absurdas, como la de dejar á Cartagena á oscuras desde la una de la madrugada, y esto modificando lo que fué pensamiento de la Comisión y acuerdo del Ayuntamiento, de que la tal oscuridad comenzara á las once de la noche, cuya enormidad debió comprenderse, toda vez que se suspendió y anuló después el expresado acuerdo municipal. ¿Si apagando á la una de la madrugada las protestas son tantas y tan fundadas, qué hubiera ocurrido de no suspenderse el acuerdo de que antes se habla?

Lo que había de ocurrir no era desconocido ni ignorado, y ahora, como antes, se impondrá un nuevo acuerdo, porque Cartagena no puede continuar sometida á la vergüenza de carecer de luz por desaciertos é imprevisiones de los que, para la defensa de sus actos, no encuentran más argumentos que

hablar de las malas administraciones anteriores y de la necesidad de establecer, sin orden ni estudio, economías en los servicios sin parar mientes en que puedan realizarse ó en si están ó no justificadas.

La cuestión es amparar y defender las torpezas con el simpático propósito de conseguir economías, y en lo que hacen se parecen los eximios administradores actuales á aquel mal cómico, que cuando por efecto de sus fracasos quería librarse de la rechifla y de la pita, lo hacía recurriendo al grito protector de "Viva el Rey".

Prosigamos en el examen de lo que el señor alcalde dice respecto á las conferencias para arreglos en la cuestión del alumbrado.

El señor á quien cita—nos aseguran y nosotros lo creemos—no fué al ayuntamiento á tratar con el señor Carrión, nada, absolutamente nada, relacionado con este asunto. Fué, cumpliendo un ruego que le hizo el señor Laymón al ausentarse, á reiterar la súplica, hasta el presente incumplida, del despacho de un trámite necesario para proseguir la reclamación entablada respecto al pago de la deuda contraída por la Corporación Municipal. Y en esta visita, sólo realizada para el fin expuesto, el señor Carrión habló de su propósito de reducir el número de luces del primer alumbrado repartiéndolo entre los del segundo y tercero.

La persona á quien alude el señor alcalde le manifestó que nada podía hacer en éste respecto y hasta hubo de indicarle que esa reducción no podía aceptarse pues constituía una garantía necesaria y determinada en el contrato, de la que consideraba no podía prescindirse.

Y esto fué lo ocurrido, que el señor Carrión, dada su habitual falta de memoria, no ha recordado, á juzgar lo que sobre el particular manifiesta cuando trata de la entrevista á que nos referimos.

Y debió ser como queda relatado, toda vez que al concurrir á la Alcaldía, por ausencia del Sr. Director, un empleado de la Fábrica, cumpliendo el encargo que se le confirió, redactó el cuadro de expendio y apagado que aprobó el Ayuntamiento y del cual se dió cuenta á la Fábrica, dejándolo después en suspenso como queda dicho.

En el expresado cuadro figuraban en el primer alumbrado todas las luces existentes, y conforme con las in-

dicaciones del Sr. Alcalde, el apagado total se verificaba á las once de la noche.

¿Puede haber mayor reconocimiento al derecho de la Fábrica en lo que respecta á este primer alumbrado, ni asentimiento más completo á lo que sobre el particular fija y determina el contrato?

Y no podrá argüirse que fuera una sorpresa lo del aprobado cuadro, toda vez que éste estuvo en el Ayuntamiento sobrado tiempo para su examen, que debió hacer y hay que suponer que haría la comisión á quien compete, así como el Excmo. Ayuntamiento al ser sometido á su aprobación.

Lo que ocurrió es que el señor Alcalde creyó que al pueblo de Cartagena le bastaría con decirle que por virtud de unas economías mal entendidas y peor estudiadas, debía resignarse á pasar á oscuras desde las once, y cuando se percató de la enormidad de la pretensión y de la medida, volvió de su acuerdo invocando en su favor promesas que no existieron, y hablando y barajando el tema de las economías salvadoras, como el mal cómico amparaba sus deficiencias y desaciertos con el socorrido "Viva" de que antes hablamos.

Y hasta mañana.

Los periodistas

Madrid 15 9 m.

Los periodistas lamentáronse ante el señor Canalejas, de la censura empleada por el señor Alonso Castrijo en los telegramas que hablaban de la sesión de ayer en las Cortes.

El presidente del Consejo ofrecióles informarse, pues consideraba ridícula la medida.

NONADITAS

Don Apolinario, es el hombre más célebre que se ha conocido en Cartagena, desde que los grillos comenzaron á cantar, hasta tres minutos después de la interpelación que el señor Vaso ha hecho en el Congreso.

Y su celebridad es tal, que en su mismo periódico se toma el pelo y hasta se acaricia el cogote.

Ahora le ha dado por decir que lo piensan destituir.

¿Y todo por qué?... ¿Para que lloremos?..

Pues no me haga usted reír que tengo el labio partido

La verdad es, que si es cierto lo que dice "La Tierra" que ahora va de veras y que definitivamente será destituido el alcalde de Cartagena, no sabemos lo que va á pasar aquí.

¿Quedarnos sin don Apolinario?... Un alcalde tan amable, tan atento, tan elegante, tan locuaz, tan justiciero y... Tán, tarán, tán...

Sucedan cosas que parece que están previstas.

Cuando don Apolinario fué obsequiado en Los Alcázares con la paella de atún de tronco, mujol de la Encañada y coque frito, sus admiradores le regalaron un bastón con funda.

¡Vaya una previsión la de aquellos gachós!

Ya sabían ellos que D. Apolinario tendría que enfundar su bastón, y si es cierto lo que dice en su periódico, no resta más que decir:

¡Apolinario: enfunden!

"La Tierra" dice que los bloquistas se van á declarar en fuga.

¡Daré gusto cuando llegue el momento, ver á D. Apolinario, á D. Camilo y á Alcaraz corriendo por esas calles!

Para eso si los chiquillos, que son tan traviesos, comienzan á gritar al ver á los fugados aquello de

¡Tíradle que ahí vá el... hombre del gabán!

Mediten la fuga porque pueden llover tomates.

José de Cartagena, dice que el partido liberal de Cartagena está en completa descomposición y esto alegrará grandemente á los republicanos porque engrosarán sus filas.

El astrónomo del bloque, ve que el tiempo se oscurece y quiere retornar al campo que abandonó.

El día menos pensado verán ustedes como escribe un artículo parodiando la obra de los hermanos Cuevas, titulada "Aquí hace falta un hombre".

Pero los republicanos le dirán: ¡Te conozco bacalado, aunque vengas disfrazado.

Botánica aplicada

—Te mado ese presente, con la idea de que puedas saber que esa flor, que llamamos la «Dionea», destruye por placer.

A un gusano de la luz que está mañana en su cáliz entró, la simbólica flor americana cesrándose lo ahogó.

Cuando entra algún gusano en su corola á pallear la miel, cerrando ella los pétalos, lo rimo'a con un gozo cruel.

¡Pobre insecto! Yo al ver que halló encerrado verdugo y tumba allí ¡perdona, lués, pensé en nuestro pasado, y me acordé de tí!

¡Inés le contestó:—¡Qué cándido eres! ¿Cómo puedes pensar que haya en el mundo flores ni mujeres que maten por matar?

Hoy, á una abeja que llegó volando, la flor la apalafonó; mas la abeja, los pétalos rragando, mató la flor y ¡hoy.

Por lo que ves, no faltará quien crea que ayer verdugo, hoy juez, cazadora de insectos, la «Dionea» es cazada á su vez.

Si al mirar al gusano aprisionado, pensaste en mí y en tí, yo, al ver el cáliz de la flor rragado, ¡pensé, llorando, en mí!

Ramón de Campoamor

DE SOCIEDAD

El próximo sábado dará una conferencia en el Centro del Ejército y Armada el ilustrado coronel de Infantería de Marina nuestro querido amigo don Enrique Muñoz.

—Ha salido para la Corte nuestro querido amigo el ordenador de Marina de primera clase don Tomás Carlos-Roca.

—Ha sido pasaportado para Barcelona nuestro querido amigo y contertulio el primer teniente de Infantería de Marina don Joaquín Carlos-Roca. Le deseamos buen viaje y feliz regreso.

De Marruecos

Madrid 15 9 m.

Dicen de Tánger que llegaron á aquella ciudad en estado lamentable de desnudez cuatro viajeros que habían sido robados en el camino de Fez.

El famoso kaid Gueddani, hijo de

de su aposento y bajaron á la gran sala-comedor de Montmorin. Esta pieza era la única del edificio que el Comendador no había creído necesario restaurar.

Había conservado su antiguo entablamiento esculpido, encuadrando los paños de tapicería que representaban las aventuras de Antiooo.

Entre las dos ventanas se hallaba un gran reloj en su caja de roble ennegrecido. Enfrente del reloj, un inmenso armario de la misma madera, que subía hasta el techo, y donde se guardaban todas las sobras de la mesa.

A ninguno de los coherederos les había ocurrido buscar en ese armario profundo. ¿Cómo suponer que el caballero de Montmorin hubiera ido á esconder su tesoro entre los restos de las aves ó las migajas de los pasteles?

Sin embargo, los de Mallevort se fueron derechos á él, dieron vuelta á la llave tres veces, y ¡cosa extraña! que justificaba las aserciones del marqués de Norseac, el armario pareció abrirse en dos mitades, y apareció una puerta á los ojos asombrados de ambos hermanos.

Raul tomó entonces aquella llavecita que tenía un rótulo y había encontrado en el cofre de su aposento; la introdujo en la cerradura y abrió la puerta misteriosa que giró sin ruido sobre sus goznes, descubriendo una escalera de caracol, de donde subió una bocanada de ese aire húmedo que se respira en los subterráneos.

Los ojos de Raul brillaron de alegría, y dijo:

—¿A cuántos íbamos? Me parece que habías contado sesenta y siete pasos...

—Sí.

—Avancemos entonces.

—Ciento se enta y ocho, nueve, setenta...—continuó Héctor.

—Más lejos todavía.

—Ciento ochenta...

Ambos se pararon. La pendiente se había hecho imperceptible.

—Veamos—prorrumpió Raul,—á la obra.

Héctor, que tenía el azadón, comenzó á escarbar el suelo, que cedió fácilmente, gracias á la humedad.

Durante un momento no se oyó más que el ruido monótono de la azada que resonaba tan tristemente como la de un sepulturero.

De repente Raul detuvo el brazo de su hermano, diciéndole:

—¡Silencio!

Héctor se paró mudo.

—¿Oyes?—prorrumpió el vizconde.

Ofase el rumor de unos pasos ligeros en el fondo lejano. Este rumor iba acercándose poco á poco.

El azadón se escapó de manos del conde, quien armó al propio tiempo sus pistolas.

Los pasos se detuvieron un momento, luego se acercaron todavía.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Raul, cuyos ojos centelleaban—si los señores coherederos han adivinado como nosotros, vienen algo tarde...

en Schombrún, y que ella lanza un grito de alegría al verle. Y se internaron en lo profundo.

La pendiente, rápida en un principio, se fué suavizando poco á poco para volver á ser más rápida todavía.

—Ciento sesenta y cinco, seis, siete...—contó Héctor.

Pero de repente paró bruscamente.

—¿Qué es?—preguntó el vizconde.

—Me ha parecido...

—¿El qué?

Héctor extendió la mano.

—¿No has visto nada?

—No, nada.

—¿Ni oído tampoco?

—Absolutamente nada.

—He creído distinguir una sombra allí, en aquel ángulo.

—¿Qué ilusión!

—La he visto...—¡¡¡¡ Héctor con el acento de la convicción.

—¡Pues bien!—dijo Raul,—armados estamos, y ¡guérranos los aparecidos!

É hizo sonar una de sus pistolas.

Sin embargo, ningún ruido se oía en el subterráneo; sólo la respiración anhelosa de los dos buscadores del diamante.

Inmóviles un instante, y cual prevenidos para hacer frente á un peligro imprevisto, emprendieron de nuevo su marcha.

—¡Era una ilusión!—reptó Raul.

—Así creo... mas con todo...